

D21
B6
v.2

DISCURSO

SOBRE LA

HISTORIA UNIVERSAL

ESCRITO EN FRANCÉS

POR EL LLMO. SR.

JACOBO BENIGNO BOSSUET.

Esta obra es propiedad de su editor D. M. D., por lo que perseguirá con todo el rigor de las leyes á cualquiera que la reimprima sin su permiso, y tendrá por furtivo todo ejemplar que no lleve su rúbrica.

TRADUCIDA AL CASTELLANO



Biblioteca Universitaria
de la Universidad de Salamanca



COMPRADO EN
FONDA DE DON
VALVERDE Y TELLEZ

Compañía General de Impresores y Libreros

1812

DISCURSO

SOBRE

LA HISTORIA UNIVERSAL.

CONTINUACION DE LA SEGUNDA PARTE.

CAPÍTULO XV.

De la esperanza del Mesías; en qué se fundaba; preparacion para su reinado y para la conversion de los gentiles.

CUALQUIERA que fuera el estado en que se encontrase el pueblo, vivia siempre aguardando el tiempo de la llegada del Mesías, de la que esperaba nuevas y mayores gracias que todas las que habia recibido hasta entonces; ninguno habia que no viese que la fé del Mesías y de sus maravillas, que aun hoy dia se conserva entre los judíos, les venia de sus patriarcas y de sus profetas desde el origen de su nacion. En esta larga série de años, en que ellos mismos reconocian que por un decreto de la divina Providencia no aparecia ya entre ellos ningun profeta, y que Dios no les hacia ni nuevas predicciones ni nuevas promesas, era y debia ser mas viva que nunca la fé que tenian de su llegada. Se encontró ésta tan bien establecida luego que

TOMO II.

I

006280

fué edificado el segundo templo, que no fué ya necesario profeta ninguno para confirmar en ellas al pueblo. Vivía tan cierto en la fé de las antiguas profecías, cuanto que habia presenciado cumplirse cuanto les fuera anunciado con una precision tal que no le dejaba lugar á dudar: desde aquel tiempo todo lo demas no le pareció jamas dudoso, y no tenia dificultad en creer que Dios, tan fiel en todo, llevase tambien á cumplimiento en su tiempo cuanto concernia al Mesías, es decir, la principal de sus promesas, y el fundamento de todas las demas.

Efectivamente, toda su historia, todo lo que les iba sucediendo de dia en dia, no era mas que un perpétuo desarrollo de los oráculos que el Espíritu Santo les habia dejado. Porque si restablecidos en su pais despues de la cautividad, gozaron durante 300 años de una profunda paz; si fué reverenciado su templo y hourada su religion en todo el Oriente; si en fin, su paz fué turbada por sus disensiones; si el soberbio rey de Siria hizo inauditos esfuerzos para destruirlos; si prevaleció por algun tiempo su poder; si á poco despues recibió el castigo; si la religion judáica y todo el pueblo de Dios fueron restablecidos con un esplendor todavia mas maravilloso que nunca, y el reino de Juda se acrecentó al fin de los tiempos con nuevas conquistas: hemos visto que todo esto se encontraba escrito en sus profecías. Si, todo es-

taba en ellas anunciado y señalado hasta el tiempo que debian durar las persecuciones, hasta los lugares en que habian de darse los combates, y hasta los paises que debian ser conquistados.

Os he referido por mayor alguna cosa de estas profecías; el por menor servirá de materia para un discurso mas largo; pero en lo referido ya, vemos lo bastante para quedar convencidos de las famosas predicciones que forman el fundamento de nuestra creencia: cuanto mas se les examina y profundiza, mas verdades se encuentran en ellas; y las profecías del pueblo de Dios tuvieron durante todos aquellos tiempos un tan manifesto cumplimiento que despues cuando los mismos paganos, cuando un Porfirio, cuando un Juliano el Apóstata, enemigos por otra parte de las escrituras, han querido dar ejemplos de predicciones proféticas, los han ido á buscar entre los judíos.

Y aun puedo deciros con verdad que si durante 500 años no hubo profeta en el pueblo de Dios, todo el estado de aquellos tiempos era profético, la obra de Dios se encaminaba y preparábase insensiblemente las vías para el entero cumplimiento de los antiguos oráculos.

El regreso de la cautividad de Babilonia no era mas que una sombra de la libertad, mayor y mas necesaria que el Mesías debia traer consigo á los hombres cautivos del pecado. Disper-

sado el pueblo por diversos puntos en el Asia mayor y menor, en el Egipto y en la Grecia empezaba á brillar entre los gentiles el nombre y la gloria del Dios de Israel. Las escrituras, que debian llegar á ser algun dia la luz del mundo, fueron traducidas á la lengua mas conocida del universo, cuya antigüedad es reconocida por tanto. Mientras que el templo fué reverenciado y las escrituras difundidas entre los gentiles, Dios dió alguna idea de su conversion, y echó para ella de muy lejos los fundamentos.

Lo mismo que pasaba entre los griegos era una especie de preparacion para el conocimiento de la verdad. Sus filósofos conocieron que el mundo era regido por un Dios muy diferente de los que el vulgo adoraba, y á quien ellos mismos servian con el vulgo. Las historias griegas dan fé de que aquella bella filosofía traia su origen del Oriente y de los parages en donde los judíos habian sido dispersados; pero de cualquier punto que haya venido una verdad tan importante difundida entre los gentiles, aunque impugnada, aunque mal seguida por los mismos que la enseñaron, empezaba á despertar al género humano y suministraba de antemano pruebas ciertas á los que debian algun dia sacarle de su ignorancia.

CAPÍTULO XVI.

De la prodigiosa ceguedad de la idolatría antes de la venida del Mesías.

Como sin embargo la conversion del gentilismo era una obra reservada al Mesías y el carácter propio de su venida, la impiedad y el error prevalecian por todas partes. Las naciones mas ilustradas y mas sábias, los caldeos, los egipcios, los fenicios, los griegos y los romanos eran los mas ignorantes y mas ciegos en materia de religion: tan cierto es que para conocerla es menester ser movido por una gracia particular y por una sabiduría mas que humana. ¿Quién se atreveria á referir las ceremonias de los dioses inmortales y sus impuros misterios? Sus amores, sus crueldades, sus celos y todos los demas excesos que les eran comunes, formaban el motivo de sus fiestas, de sus sacrificios, de los himnos que se les cantaban, y de las pinturas que se consagraban en sus templos. De aqui nacia que al crimen se le prestaba adoracion, y era reconocido necesario al culto de los dioses. El mas grave de los filósofos prohibe beber con exceso no siendo en las fiestas de Baco y en honor de este dios. Otro, despues de haber severamente reprobado todas las imágenes obscenas, exceptúa las de los dioses que querian ser honrados con estas infamias. No pueden leerse sin vergüenza y asombro los honores

que era necesario tributar á Venus, y las prostituciones que se hallaban establecidas para adorarla. La Grecia, tan culta y sábia como era, recibió aquellos abominables misterios. En las grandes necesidades, los particulares y las repúblicas ofrecian á Venus cortesanas, y la Grecia no se avergonzaba de atribuir su salvacion á las plegarias que hacian á su diosa. Despues de la derrota de Xerxes y de sus formidables ejércitos, se puso en el templo un cuadro, en el que se hallaban representados sus votos y sus procesiones, con esta inscripcion del famoso poeta Simónides: «Estas han rogado á la diosa »Venus, quien por amor á éllas ha salvado á »la Grecia.»

Si hubiese de adorarse al amor debería ser al menos al amor honesto; pero allí no era así. Solon, ¿quién podría creerlo, y quién podría esperar de un hombre tan eminente una infamia tan grande! Solon, repito, estableció en Atenas el templo de Venus la prostituta, ó del amor impúdico. Toda la Grecia estaba llena de templos consagrados á este dios, y el amor conyugal no tenia uno solo en todo el pais.

Sin embargo, detestaban el adulterio en los hombres y en las mugeres; la sociedad conyugal era sagrada entre ellos. Pero cuando se ocupaban de la religion, parecian estar como poseidos de un espíritu estravagante, y hasta parecia que sus luces naturales les abandonaban.

La gravedad romana no trató la religion con mas seriedad, pues consagraba al honor de los dioses las impurezas del teatro y los sangrientos espectáculos de los gladiadores, es decir, todo lo que puede imaginarse de mas corrompido y de mas bárbaro.

Pero yo no sé si las ridículas locuras que se mezclaban en la religion no les eran todavía mas perniciosas, atrayéndola, como la atraian, mayor desprecio; porque efectivamente, ¿puede guardarse el respeto que es debido á las cosas divinas en medio de las impertinencias que contaban las fábulas, cuya representacion ó recuerdo formaba una tan gran parte del culto divino? Todo el servicio público no era mas que una continua profanacion, ó mas bien una derision del nombre de Dios; y fué muy necesario que existiese alguna potencia enemiga de este nombre sagrado que, tomando á su cargo envilecerle mas, impeliese á los hombres á usar de él en cosas tan despreciables, y aun á prodigarle asuntos tan indignos.

Es verdad que los filósofos reconocieron al fin que habia otro Dios distinto de aquel que el vulgo adoraba; pero no se atrevian á confesarlo. Por el contrario, Sócrates establecia por máxima que era necesario que cada uno siguiese la religion de su pais. Su discípulo Platon, que veia á la Grecia y á todos los paises del mundo profesando un culto insensato y escandaloso,

no deja por eso de sentar como un fundamento de su república, "que no se debe jamas hacer mudanza alguna en la religion que se encuentra establecida, y que es menester haber perdido la razon para pensar solo en ello." Filósofos tan respetables y que han dicho tan bellas cosas acerca de la naturaleza divina, no osaron oponerse al error público, y desesperaron de poderle vencer. Cuando Sócrates fue acusado de negar la existencia de los dioses que el público adoraba, defendióse de la acusacion como si fuese un crimen; y Platon, hablando del Dios que habia formado el universo, dijo que era difícil encontrarle, y que estaba prohibido declarársele al pueblo. Protesta no hablar jamas de él mas que en enigmas por temor de esponer una tan gran verdad á la burla y al ridículo.

¡En qué abismos se hallaba el género humano, que ni aun podia soportar la menor idea del verdadero Dios! Atenas, la mas culta y la mas sábia de todas las ciudades griegas, tenia por atéos á los que hablaban de las cosas intelectuales; y esta fué una de las razones que tuvieron para condenar á Sócrates. Si algunos filósofos se atrevieron á enseñar que las estatuas no eran dioses como lo entendia el vulgo, viéronse obligados á desdecirse; y aun despues de esto eran desterrados como impíos por sentencia del Areópago.

Toda la tierra estaba poseida del mismo error; la verdad no podia presentarse. El Dios criador del mundo no tenia templo ni cultomas que en Jerusalem. Cuando los gentiles enviaban á él sus ofrendas, el honor que prestaban al Dios de Israel era el de contarle en el número de los otros dioses que ellos adoraban. Solo la Judea conocia su santidad y que era el único á quien debiera prestarse adoracion, y sabia que dar culto á él y á otros dioses, ó admitir á éstos en la participacion de su religion, era destruirla.

CAPÍTULO XVII.

De la corrupcion y de las supersticiones que reinaban entre los judíos; y de las falsas doctrinas de los fariseos.

Sin embargo, al fin de los tiempos los mismos judíos que conocian á Dios y que eran los depositarios de la religion, comenzaron no á olvidar al Dios de sus padres, sino á mezclar en la religion supersticiones indignas de él: tales son los hombres que siempre van debilitando la verdad! Bajo el reinado de los Asmoneos y en tiempo de Jonatás fué cuando apareció entre los judíos la secta de los fariseos. Se adquirieron desde luego un gran crédito por la pureza de su doctrina y por la exacta observancia de la ley: uniéndose á esto que tenian una conducta suave y regular, y que vivian entre sí muy unidos. Las recompensas y los castigos de la vida futura, de que eran unos celosos predicadores, atrajéronles mucho honor y fama, pero al fin insinuóse la ambicion entre ellos. Quisieron gobernar, y en efecto, apropiáronse un poder absoluto sobre el pueblo: hicieronse los árbitros de la doctrina y de la religion, las que insensiblemente fueron reduciendo á prácticas supersticiosas, provechosas á su interés y á la dominacion que querian establecer sobre las conciencias, al mismo tiempo que su verdadero espíritu iba haciéndose desconocido hasta el punto de estar próximo á desaparecer del todo.

A estos males juntóse otro mayor, el orgullo y la presuncion; pero una presuncion tal que llegaba hasta atribuirse á sí misma el don de Dios. Acostumbrados los judíos á sus beneficios, é ilustrados despues de tantos siglos de su conocimiento, olvidaron que solo su bondad era la que les habia separado de los otros pueblos, y miraron su gracia como una deuda. Estirpe escogida y siempre bendita por espacio de dos mil años, juzgáronse solo dignos de conocer á Dios, y creyéronse de otra especie distinta de los demas hombres á quienes veian privados de su conocimiento. Fundados sobre este falso principio, miraron á los gentiles con menosprecio y desden. Ser descendiente de Abraham segun la carne, pareciales una distincion que les colocaba naturalmente en una esfera superior á todos los demas hombres; y engreidos de descender de tan noble prosapia, creíanse santos por naturaleza y no por la gracia; error que todavía dura entre ellos. Los fariseos fueron los que, procurando distinguirse por sus luces y por la exacta observancia de las ceremonias de la ley, introdujeron esta opinion hácia el fin de los tiempos. Como su prurito era distinguirse de los demas hombres, multiplicaron hasta lo infinito las prácticas exteriores, y sus pensamientos, por contrarios que fuesen á la ley de Dios, hicieronlos pasar y los acreditaron como si fuesen tradiciones auténticas.

CAPÍTULO XVIII.

Auméntase la corrupcion entre los judíos: señal de su decadencia segun el profeta Zacarías lo predijo.

No obstante que los sentimientos é ideas de los fariseos no hubiesen pasado por decreto público de la sinagoga á erigirse en dogmas, íbanse insensiblemente estableciendo entre la creencia del pueblo, el cual de dia en dia íbase haciendo mas inquieto, turbulento y sedicioso. En fin, las divisiones que, segun los profetas, debian ser las que diesen principio á su decadencia, introdujéronse con ocasion de las desavenencias sobrevenidas en la casa de los Asmoneos. Apenas faltarian ya sesenta años para que se verificase la venida de Jesucristo, cuando Hircano y Aristóbulo, hijos de Alejandro Janeo, principiaron á hacerse la guerra, ambicionando cada uno de por sí apropiarse el supremo sacerdocio á que estaba anejo el trono. He aquí el momento fatal que señala la historia como la primera causa de la ruina de los judíos. Pompeyo, á quien los dos hermanos nombraron por árbitro, les sujetó á los dos, al mismo tiempo que desposeyó á Antioco, por sobrenombre el Asiático, último rey de Siria. Destronados estos tres príncipes á un mismo tiempo y de un golpe, fueron la señal de la decadencia marcada en términos precisos por el pro-

feta Zacarías. Es cierto, segun la historia, que el trastorno y mudanza acaecidos en la Siria y en la Judea fueron hechos al mismo tiempo por Pompeyo, cuando despues de haber acabado la guerra contra Mitridates, dispuesto á volverse á Roma, arregló los negocios del Oriente. El profeta ha expresado lo concerniente á la ruina de los judíos, quienes de dos hermanos que vieran reyes, vieron al uno prisionero servir de trofeo al triunfo de Pompeyo, y al otro (es decir al débil Hircano), á quien el mismo Pompeyo quitó con la diadema una gran parte de sus estados, no quedarle mas que un vano título de autoridad que tampoco tardó mucho en perder. Entonces fué cuando los judíos fueron hechos tributarios de los romanos, y la ruina de la Siria trajo en pos de sí la suya, porque aquel gran reino confinante con la Judea, reducido á provincia romana, aumentó de tal manera el poder de los romanos en el pais, que no le quedaba á éste otro medio de salvarse mas que someterse á su obediencia. Los gobernadores de Siria acometieron continuas empresas sobre la Judea: los romanos al fin se hicieron dueños absolutos de ella, y debilitaron su gobierno en muchas cosas. Por ellos, en fin, el reino de Judá pasó de las manos de los Asmoneos que le regian, á las de Herodes, estrangero é idumeo. La política cruel y ambiciosa de este rey, que solo en apariencia profesaba la religion

judáica, cambió las máximas del antiguo gobierno. Ya no fueron aquellos judíos dueños de su suerte bajo el vasto imperio de los persas y de los primeros Seleucidas y bajo cuyo mando disfrutaron de una profunda paz; Herodes, que los tenía de cerca esclavizados bajo su poder, todo lo embrolló; alteró á su voluntad el orden de sucesion de los pontífices; menoscabó la autoridad del pontificado haciéndola arbitraria; enervó la autoridad del consejo de la nacion, al que dejó sin facultades: todo el poder público pasó á las manos de Herodes y de los romanos, de quienes éste era esclavo, y conmovió los fundamentos de la república judáica.

Los fariseos y el pueblo, que solo prestaban oídos á sus propios sentimientos y deseos, sufrían este estado con mucha impaciencia. Quanto mas gravados se sentían con el peso del yugo que les impusieran los gentiles, mas desden y enojo concibieron contra ellos. Ya no quisieron otro Mesías que no fuese guerrero y temible á las potencias que los tenían reducidos á la esclavitud. Así fué que echando en olvido tantas profecías como les hablaban tan espesa y terminantemente de las humillaciones que habían de sufrir, ni tuvieron ojos para ver ni oídos para oír mas que aquellas que les anunciaban triunfos, aunque muy diferentes de los que ellos apetecían.

CAPÍTULO XIX.

De Jesucristo y de su doctrina.

En esta decadencia de la religion y del estado del pueblo judío al fin del reinado de Herodes, y en tiempo que los fariseos introducían tantos abusos, fué cuando Jesucristo fué enviado á la tierra para restablecer en ella el reino en la casa de David de una manera mas grande que la que los judíos carnales entendían, y para predicar la doctrina que Dios había decretado que se anunciase en todo el universo. Este admirable niño, llamado por Isaías el Dios fuerte, el padre del siglo futuro, y el autor de la paz, nace de una vírgen en Belén, á donde viene á reconocer el origen de su estirpe. Concebido por obra del Espíritu Santo, santo por su nacimiento, y digno él solo de reparar los vicios del nuestro, recibe el nombre de Salvador, porque venia á salvarnos de nuestros pecados. A muy luego que se verificó su nacimiento, aparece una nueva estrella en el Oriente, figura de la luz que debía alumbrar á los gentiles, y sirve de guia para que la gentilidad convertida vaya á ofrecer al Salvador, todavía niño, las primicias de su reconocimiento. Un poco despues este Señor tan deseado entra en su santo templo, en donde Simeon le mira no solo como *la gloria de Israel*, sino tambien como *la luz de las naciones infieles*. Luego que